

La enseñanza de las humanidades

Gerald Nyenhuis
Universidad Iberoamericana

Las novelas que encontramos en las librerías, los libros de poesía que las acompañan, así como las obras de teatro, son manifestaciones de nuestra cultura. Pero son muy pocas las personas que las toman en serio como una fuente importante para adquirir un conocimiento del mundo en que vivimos. Se les toma como un tipo de diversión, un pasatiempo o un entretenimiento, pero no para aprender algo verdadero de la naturaleza de la realidad que habitamos.

Se trata de ficción, emoción, sentimiento e imaginación, y todo esto, nos dicen, tiende más a confundir que a informar. La información en estas obras es inventada, creada y fabricada, y por eso, afirman, no es confiable. Lo imaginado, por definición, no habla de la verdad. La ficción, hemos oído, es producto de una mente sin estribos, una fantasía que sirve más para escapar de la realidad, y no para adentrarse en ella. Si buscamos información confiable de nuestra realidad —nos avisan— tenemos que recurrir a las ciencias empíricas, y no a la literatura.

Esta actitud hacia la literatura es, desde luego, un producto de la revolución científica iniciada en el siglo XVII y desarrollada con fervor por los ilustrados del siglo XVIII. Fue refinada y llevada a nuevas alturas por el Positivismo de los siglos XIX y XX. Este proceso es el culpable de elevar la ciencia al nivel de una verdadera autoridad intelectual y relegar la literatura (y las otras humanidades) al estatus de mero entretenimiento. Es cierto que hubo protestas de tiempo en tiempo, pero debido a que los mismos humanistas las llevaron a cabo, ellos las tomaron como una defensa de sus propios intereses. El efecto fue casi nulo y la ciencia amplió su hegemonía.

La ciencia sigue dominando y todavía pone el marco, da la pauta, y establece las normas para lo que se pueda considerar como conocimiento. Sirve para enjuiciar a los otros que afirman tenerlo. Toda pretensión al verdadero saber tiene que sujetarse a los criterios del conocimiento científico. Todo enfoque que no se somete queda eliminado en el acto. El poder saber está disponible solamente para los que dominan el método científico. Todo lo demás es conjetura, opinión e imaginación, que no merece el nombre de conocimiento. El estudio de la literatura puede ser un buen pasatiempo, pero según este enfoque, no resulta ser conocimiento.

Este legado de la Ilustración, ejemplificado por la filosofía de David Hume, quien insistía en que los argumentos deductivos de la metafísica, aunque lógicamente válidos, son empíricamente vacíos y no nos proporcionan información útil sobre la realidad, hace de la imaginación una fuente de error que, si confiamos en ella, nos conducirá a la abolición del verdadero conocimiento. Poemas, novelas, música, otras obras de arte y toda filosofía que no sea “positivista” no pueden considerarse como fuentes (ni siquiera potenciales) de conocimiento.

Aprender de la ficción

Los humanistas tomamos como nuestra tarea la de echar en reversa esta tendencia. No podemos tomar todo el campo de las humanidades como el área de nuestro trabajo, pero sí podemos tomar una parte como una ilustración. La parte de los estudios humanísticos que tomaremos para exponer es el área de la ficción, para saber si podemos alcanzar conocimiento por medio de ella.

Las novelas son las obras de ficción más conocidas, y aunque comúnmente se acepta el hecho de que no es necesario que todo lo que está en una novela sea de carácter ficcional —ya que puede haber algunas aseveraciones sobre el mundo real— son consideradas como producto de la imaginación. Las novelas expresan fabricaciones, inventos y fantasías que, si se forman en una totalidad coherente, hacen un “mundo” de ficción que encuentra su realidad derivada del mundo “real”. Sus semejanzas con el mundo llamado “real” son una parte esencial del universo creado por el novelista, y el lector puede quedar profundamente conmovido por lo imaginado, aun sabiendo que es imaginado.

Quienes son conmovidos de esta manera por la novela responden a sus sugerencias diciendo que han aprendido algo de ella, y lo que aprendieron tiene que ver con la realidad. Ellos dicen: “De veras, así es la vida”. Para ellos, la obra de ficción no solamente nos proporciona información sobre el mundo real; también nos orienta para entenderlo y contextualizar lo que en él nos pudiera ser demasiado confuso. Imparte intuiciones, enfoques, valores y ópticas que nos permiten ver el mundo con una luz diferente, en un ángulo nuevo, y así comprenderlo más completa y correctamente.

El hecho de que aprendemos algo de la novela les parece obvio. Pero la pregunta de cómo aprendemos nos presenta un problema. El problema es cómo podemos saber lo que es lo verdadero dado

que las declaraciones ficticias no son verdaderas descripciones de la realidad, sino que inventan su propia realidad. ¿Cómo podemos aprehender la verdad acerca de nuestro mundo valiéndonos de este tipo de enunciados?

Hay una amplia suerte de literatura sobre el problema y no podemos hacer un resumen de toda ella aquí. Un punto importante que observamos al llevar a cabo un repaso de los distintos enfoques sobre este asunto es que no hay solamente una manera de aprender. No aprendemos igual la historia que la geometría; tampoco aprendemos de la misma forma a tocar flauta que a hacer galletas. Aprendemos la administración de una manera diferente de como aprendemos una lengua, y aprendemos la segunda lengua y la tercera de una manera diferente a la primera. Aprendemos a cantar por caminos distintos a los que usamos para aprender la moral, y no aprendemos a amar como aprendemos la química.

¿Qué aprendemos de la ficción? Parece obvio que adquirimos, de las novelas y cuentos que leemos, creencias fácticas (o factuales) acerca del mundo en que vivimos. Estas creencias, por estar en forma proposicional, pueden ser correctas o incorrectas en sus afirmaciones acerca de nuestra realidad. Las correctas, nadie lo puede negar, nos dan un conocimiento verdadero de nuestra realidad. Las incorrectas contienen información errónea y, por eso, son equivocaciones, pero no son diferentes de las afirmaciones “científicas” equivocadas. La ficción, entonces, nos proporciona proposiciones y creencias que fácticamente pueden ser verdaderas o falsas. Leer una obra de ficción es una fuente para adquirir estas proposiciones que nos pueden dar creencias verdaderas acerca del mundo en que vivimos.

Si la creencia que adquirimos de esta manera es verdadera, si la podemos “justificar”, podemos decir que sabemos este dato y tenemos conocimiento (se debe decir más sobre el proceso de “justificación”, pero éste sería tema de otro texto). Desde luego, como se puede sospechar de lo dicho antes, estas creencias fácticas y verdades proposicionales no son el componente mayor de lo que aprendemos de la ficción. Un ejemplo de lo anterior es el control de la prensa y las restricciones de las publicaciones que existen en todo el mundo. Hay cosas que nosotros mismos no queremos que se publiquen —la pornografía, por ejemplo—. Esto muestra que estamos convencidos de que se pueden adquirir ciertas actitudes, valores y perspectivas —sean buenas o malas— de las obras de ficción. Tenemos que tomar decisiones en cuanto a estos valores y actitudes. Ellos mismos nos ponen en tela de juicio. Afectan nuestra vida y nuestra orientación hacia ella, y de una manera especial, nuestras relaciones sociales, sobre todo en la familia y con el gobierno. La totalidad de nuestra vida está íntimamente relacionada con estas actitudes.

Además, y hay que hacer énfasis sobre esto, gran parte de lo que aprendemos de las obras de ficción es de una naturaleza práctica. No lo contrasto con una naturaleza “teórica”, debido a que lo más práctico es la *buena teoría*. Más bien, quiero indicar que lo que se aprende de la ficción es inmediatamente aplicable y que se trata de adquirir habilidades y pericia. La más notable, desde luego, y nada despreciable, es la habilidad de emplear la lengua. La lengua es la tela de la sociedad, y la pericia en su uso tendrá buenos efectos en la vida comunitaria.

Pero no me refiero a esto. Más bien deseo hablar de dos tipos de habilidades. El primero es la habilidad de la estrategia. El héroe de una novela nos puede proporcionar estrategias prácticas para manejar situaciones difíciles: estrategias que podemos usar o adaptar a situaciones similares en las que nos encontremos. Intelectualmente, la novela nos puede impartir estas estrategias, capacitándonos para tomar en cuenta aspectos del problema de los que no estuvimos enterados, y así poder pensar más constructivamente sobre él. La experiencia nos permitirá reflexionar más eficientemente sobre los conflictos de la vida, ya que los podemos reconocer por la experiencia vicaria que nos dio la obra de ficción. Así, las obras de ficción extienden o “estiran” nuestra experiencia y nuestro pensamiento.

Un segundo tipo de habilidad práctica no meramente expande nuestro pensamiento, sino que radicalmente lo altera. La lectura de la ficción puede impartir habilidades conceptualizantes o cognoscitivas. Estas son las habilidades que ofrecen nuevos caminos para pensar en nuestra realidad y nuevos armazones para percibirla. El estudio de novelas, obras de teatro, cuentos y poemas nos capacita para emplear nuevas estructuras conceptuales y, gracias a ellas, enfocar situaciones tremendamente confusas. Nos permite ver objetos antiguos, demasiado familiares, bajo una nueva luz. Revela ángulos nuevos para percibir situaciones excesivamente conocidas, pero mal entendidas. De esta manera, la obra de ficción nos ayuda a notar nuevos aspectos de objetos y situaciones, a observar inusitadas relaciones entre ellos, y entre otros acontecimientos que, previamente, pasaron sin ser percibidos.

También la lectura de obras de ficción nos habilita para saber cómo se siente estar en ciertas situaciones, complejas y exigentes, sin que la salida sea fácil. La empatía que se aprende de una obra de ficción es una cualidad esencial para la vida en sociedad. El poder sentirse en la situación de otros es una cualidad indispensable para la comunidad. Por ella, por esta empatía, aprendemos la experiencia universal y nos sentimos ligados con todo ser humano. Por ella entendemos al otro, y tenemos la seguridad que él, también, nos comprende —o, por lo menos, podemos hacernos entender—. La ficción nos da una nueva y eficaz inserción en la raza humana.

Esta conciencia, esta empatía, este darse cuenta, es notablemente no proposicional. Es un sentido que no puede ser captado por fórmulas matemáticas o por descripciones científicas. Se comunica solamente por obras de arte, por novelas y cuentos, por poemas y música. Apela a la imaginación y requiere que ésta sea desarrollada y disciplinada. Ninguna medida exacta, ninguna ecuación algebraica, ninguna descripción científica puede hacerme sentir como se siente un huérfano, o como sufre la viuda joven, cuyo marido murió a manos de los guerrilleros; pero un poema o una novela sí puede hacerlo.

Todo este conocimiento es práctico: tiene que ver con la vida, con el ser humano, con la sociedad. Este conocimiento es esencial y debe ser obligatorio para cada universitario (y para todos los demás).